ruina. El sentimiento de lo bello y de lo infinito ilumina esta voluntad, pues que obra en un interes ideal, muchas veces opuesto al interes material. Esta voluntad es el alma misma, un ser completo, un ser puro, un ser sublime que debemos desechar, que podemos vencer, pero que no podemos envilecer. El combate prueba su existencia, la caida la debilita, el arrepentimiento la reanima, el triunfo la eleva : ella ES : esta palabra forma toda la superioridad del hombre. Luego nosotros consideramos la libertad como una esfera en que el hombre ejerce su fuerza y sus dos voluntades. Esta esfera es mas ó ménos dilatada, segun la extension de nuestras facultades intelectuales y morales. En otros términos, el círculo de nuestra libertad se dilata, á medida que nuestras luces van en aumento ; esto no quiere decir que los que tienen mas luces sean mejores que los que tienen ménos, pero quiere decir que tienen poder para hacerse tales.

El hombre que cede á sus pasiones, obedece á un amo que él mismo se ha formado.

De ahí resulta, que obedecer á nuestras pasiones no es ser libre, es ceder á ellas, es ceder á una cosa que es menor que nosotros.

El hombre que se estudia á sí mismo es grande; el hombre que emplea sus fuerzas es invencible.

Formarse de la sabiduría un carácter, es caminar libre y resueltamente contra el torrente de nuestros vicios y de nuestras pasiones; es querer y poder lo que podemos y lo que queremos. De lo cual resulta, que la criatura mas poderosa y mas libre del universo es la que sabe someterse al deber, obedeciendo á la virtud.

CAPÍTULO XXII.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA.

El reino de Dios está dentro del hombre.
(*Evangelio*. Palabras de Jesucristo.)

¿De dónde le viniera tanto orgullo al polvo, y tantas pretensiones á la nada?
(ANCILLON, *sobre la inmortalidad del alma.*)

¡Y quién en este valle de lágrimas no se alegraria al ver este gozo celestial y eterno!
(FENELON, *Corresp. de familia*, p. 205, t. II.)

LAS meditaciones precedentes únicamente tenian por objeto el estudio del hombre. Queria conocerme, y examinándome á mí mismo he descubierto por todos lados á Dios. Dios existe, porque ha puesto en nosotros un testimonio de su existencia; existe, porque todas las facultades del alma lo buscan y lo hallan : hecho inmenso y sin refutacion posible. En efecto lo que una inteligencia adopta, otra inteligencia puede negarlo. Las demostraciones lógicas tienen todas sus antinomias, pero aquí no hay raciocinios, no hay argumentos : es una lira celestial, cuyas cuerdas todas vibran para el cielo ; es un Dios que se manifiesta á la conciencia del linaje humano.

Este es nuestro mas bello título á la inmortalidad! Dios lo hizo todo para el hombre, dejándoselo entrever... ¿Porqué se habria revelado á quien hubiese de

dejar de conocerle? Haber amado á Dios, y volver á entrar en la nada, es cosa contradictoria é imposible; haber considerado perspectivas eternas y dejar de *ser*, es un absurdo: esto seria haber imaginado mas de lo que Dios creó.

Pero no me atrevo, me dices, á creer en destino tan elevado. Dios me da esta idea con el solo objeto de suavizar los males de la vida; y este pensamiento, aun dado que no fuese mas que una ilusion, es el mayor de todos sus beneficios. Porque ¿qué mas podria Dios deberme? Pues bien! echa una ojeada al rededor de tí en medio de tantos beneficios como ha prodigado, mira si descubres una sola decepcion. Trátase de examinar y comprobar lo prometido y lo dado, si los dones igualan á las necesidades, si los goces faltan á los deseos. Busca un animal que tenga sed y que no pueda descubrir una fuente, una planta á la cual el soplo de la mañana no traiga el dulce rocío; un pensamiento humano que no pueda cumplirse; un sentimiento de amor que no pueda realizarse! Dios dice á cada inteligencia: Yo te daré lo que concibas; y su magnificencia se muestra hasta en los límites de la naturaleza. Repara ese débil mosquito: lleva en su cabeza una corona de diamantes, sus alas son gradaciones de los colores del arco íris, en su obsequio mece el céfiro las flores, en su obsequio la luz deposita en ellas sus perfumes, y el cielo deja caer en ellas una gota de su ambrosía, la tierra es para él un banquete magnífico, y la vida una aurora radiante, consagrada toda á la voluptuosidad. Y no obstante, en medio de tantas riquezas, en medio de tantos placeres, no hay una voz que despierte su reconocimiento, nada le ocupa mas allá de sus apetitos, nada le inquieta mas allá de su horizonte: vive, goza y muere; y queda cumplido su destino. ¡Y qué! ¿el mosquito no habria sido engañado, y lo fuera el

hombre? ¿Habria en nosotros un sentimiento sin objeto, una inquietud de la vida celestial sin necesidad, deseos que no han de ser satisfechos, previsiones eternas sin porvenir, el suplicio de la nada en presencia de una inmortalidad prometida y no dada? Prometida, pues que ha sido manifestada!

Pero el dolor! pero la muerte! Quéjaste de la muerte, como si no tuvieses en tu interior el sentimiento que triunfa de ella. Por fortuna estas grandes lecciones se nos ofrecen á cada paso; la vida de los hombres anda de continuo mezclada con ellas. Dios nos envia el placer como un mensajero celestial que nos invita á ir á él; la desgracia, como un maestro severo que nos obliga á ello. Aquí, á mi lado, hace pocos dias ví morir en su flor á un niño, único pensamiento de su madre. ¡Con qué ansiedad no buscaba la vida en sus ojos cerrados para siempre! Oigo aun su lastimosa voz! veo todavía sus dolorosas miradas! Todos nuestros consuelos se estrellaban contra esta palabra: « ¡Ya no existe! » De improviso se exalta su alma; vese brillar una alegría celestial en sus ojos inundados de lágrimas: invoca el nombre de Dios! trae á su memoria sus promesas! un sentimiento inmortal le vuelve todo lo que ha perdido. Esta madre inconsolable, que poco ha no queria oir reflexion alguna, se abisma ahora en las inspiraciones del infinito: ya no en la tierra, sino en el cielo es donde contempla á su hijo!

Si no debiese volver á verle, ¡qué infernal irrision! ¿Faltaria á Dios el poder, ó la justicia? Habria una magnificencia y una verdad en la vida instintiva de un mosquito, y artificio y mentira en la vida moral y religiosa del hombre! La virtud perseguida en la tierra, y que vuelve sus ojos al cielo; el amor á la patria y al linaje humano; el heroismo que nada espera en este mundo; todos los sacrificios hechos al

deber, con el solo fin de agradar á Dios, no serian sino errores de la humanidad! Tu alma, ó Sócrates, habria tenido ideas mas vastas que la creacion! Tú que fuiste el amigo de la verdad, habrias muerto por una mentira! Un Dios habria engañado á Sócrates! ¿El ser creado habria sido mas magnífico que el creador?

No! no! La Providencia no responde por una sentencia de muerte eterna á los sabios que la invocan, al género humano que da testimonio de ella. No en los sepulcros es en donde debemos leer su respuesta, sino en nuestra alma, que despide el grito sublime de: Dios, eternidad!

Esta alma es una cosa que no está destinada á las riquezas, ni á las vanidades de este mundo, puesto que las desprecia; es alguna cosa que no fué hecha para la tierra, toda vez que aspira á dejarla.

Cuando el hombre echa sus miradas á su rededor, ¿qué ve? la creacion que por todas partes se eleva hasta á él. Y cuando echa sus miradas sobre sí mismo, cuando se estudia y se contempla, ¿qué halla ademas de sus pasiones terrestres? Un sentimiento instintivo del infinito, una conciencia que tiende á la perfeccion ideal, una razon cuya luz se encamina hácia el cielo, un alma en fin cuyas facultades todas reflejan hácia Dios, intuicion misteriosa de la Divinidad, que nos anuncia otro mundo con tanta seguridad como nuestros sentidos nos revelan que:

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN EL INTERIOR DEL HOMBRE.

CAPÍTULO XXIII.

DEL ORÍGEN DEL GENIO Y DEL ORÍGEN DE LA VIRTUD.

Los que no ejercitan su alma, son incapaces de las bellas obras del alma.

(XENOFONTE, *cosa memorable de Sócrates.*)

Si quereis concebir lo divino, necesitais el sentido divino.

(OELENSCHLAEGER, *Drama de Corrège*, acto 1º, escena 5ª.)

Malhadados jóvenes que en su indigencia, esperan enriquecerse, contrayendo vicios; que toman por literario atrevimientos inmorales, que consideran hallar nuevos goces en la corrupcion, y que no aciertan á ver que únicamente son unos plagiarios de aquellos viejos estragados que creen rejuvenecerse porque se depravan, extenuándose.

(SALVANDY, *Revolucion de* 1830, p. 450.)

CONOCIDOS los elementos del hombre, su ser, su grandeza, su debilidad, sus pasiones, sus contradicciones, todo se explica: el hombre es un alma unida, no á un cuerpo, no á un cadáver, como dice Máximo de Tyr, sino á un animal vivo é inteligente, dotado por sí solo de todos los instintos y de todas las pasiones de los demas animales. Dos seres de naturaleza opuesta que no forman mas que uno; dos pensamientos, dos intereses, dos voluntades que se disputan el imperio, tal es el hombre. El alma y el

cuerpo, el jinete y el caballo unidos para el mismo viaje; ambos se lanzan, combaten, se estrechan, pasan de la victoria á la derrota, de la derrota á la victoria, hasta el momento en que el animal desfallecido, aniquilado, cae espirando en la arena: muere; libre el jinete, echa apénas al caballo la última mirada, y palpitante aun de resultas de su larga lucha, se encuentra en presencia del amo que debe recompensarle ó castigarle.

En nuestras educaciones modernas, todos los cuidados, todas las previsones son para el caballo; á él la audacia, á él la fuerza, á él la gloria y la ambicion. Que se eche brillante en la carrera, que se embriague con los aplausos de la multitud, sus pasiones dispiertan, su inteligencia se dilata, la materia y el tiempo le pertenecen. Pero al jinete ¿quién ha tratado de instruirle? ¿qué lecciones se le han dado del modo de conducirse en la arena? ¿de qué manera se le ha preparado para la lucha? ¿quién le infundirá voluntad y valor? Amaestramos un animal en los ejercicios del picadero, desarrollamos su inteligencia, proveemos su memoria, fertilizamos sus talentos, sus pasiones y sus vicios, y nos detenemos con orgullo, creyendo haber dado educacion á un hombre.

¿Entendeis ahora porqué el alma tiene tan poco dominio sobre el cuerpo, porqué son tan débiles sus combates, sus resistencias tan efímeras, y, por consecuencia, porqué tan poca moral, porqué tan poca religion, porqué tan poca conciencia, tan pocas virtudes en el mundo? Para estudiar un pulgon, para clasificar una mosca, para distinguir un gato de un rosal, necesitamos maestros; pero al hombre, este ser sublime y oculto, al hombre que tanto nos importa instruir y conocer, ¿dónde se le enseña? ¿en qué colegio, en qué institucion se trabaja en desenvolver en él el sentimiento de lo bello, en dónde el

sentimiento moral, en dónde el sentimiento del infinito, en dónde la razon, en dónde la conciencia, nobles facultades que le unen á Dios?

Ahora, sin embargo está toda la fuerza del hombre: su inteligencia le pone á la cabeza de los animales, nada mas; su alma le separa de ellos y le llama al deber. Que reuna familias, junte pueblos, edifique ciudades, este trabajo lo hacen las hormigas y las abejas; que establezca leyes, y que sea su base la justicia, este será el trabajo del hombre.

Eduquemos pues hombres, si queremos ver en las ciudades una cosa que no sea hormigas humanas. Antes de todo es necesario convencernos de una verdad, y es que el desarrollo de las facultades del alma es el orígen único, universal de todas nuestras superioridades: á él debemos las obras maestras del genio y los beneficios de la virtud, todos los descuellos de la especie humana. Al sentimiento moral, Bayard y Hopital, Sócrates y Fenelon; al sentimiento de lo bello, Homero, Corneille, Shakespeare, La Fontaine, Molière, Lamartine; al sentimiento del infinito, Platon y Descártes, Kant y Newton. Nuestra union con Dios es la que nos hace grandes; y todas las educaciones modernas nos separan de él, que equivale á quitarnos de una vez el genio, la virtud, la inmortalidad.

Contemplad la influencia de las facultades del alma en el trabajo del pintor y del escultor. Puede uno ser un excelente colorista, dibujar bien, componer bien un cuadro, y no obstante no salir de una medianía. Cópiase un modelo, se le da belleza física, color y movimiento, trabajo de mano, obra de la inteligencia, obra muerta, si no se le imprime un alma. Educa pues tu alma, artista, que yo sienta su soplo, que vea su inspiracion, solo una causa inmortal puede comunicar la inmortalidad.

El hombre tiene la doble potencia de embellecer en

nuestra imaginacion todos los objetos de la naturaleza, y de comunicar á nuestras propias obras la belleza ideal y moral que viene del alma. El genio no transmite como se le presenta la cosa en el exterior, expresa lo que ve en el interior. El sentimiento de lo bello es la luz del espíritu.

Entro en un museo y elijo un cúadro cuya ejecucion material es admirable : el *juramento de los Horacios*, de David. Reconozco en él la pureza de las formas, el estudio de la antigüedad, la ciencia del drama : el continente de los tres guerreros es enérgico : su gesto es un juramento, juran combatir ; pero ¿por quién? aquí concluye el trabajo de la inteligencia. El pintor ha trazado magníficas escuelas, pero esta tela no habla ; me admira la belleza de las líneas, la pureza del diseño, pero nada despierta en mí el amor patrio. Este viejo que presenta unas armas, es un borracho, los jóvenes que le escuchan unos guerreros vulgares. No oigo aquel grito feroz del soldado que responde al llamamiento de Roma, no veo aquel sentimiento de la victoria que brilla en la frente de los héroes ; esas cabezas estan mudas ; y sin embargo hay entre esos guerros un vencedor, un noble vencedor que se convertirá en un homicida cruel. ¿Dónde está aquel romano tan celoso del honor de Roma, que en su exaltacion le sacrificara su hermana? Díme dónde está, imprímele un alma sublime y feroz á un tiempo, ó haz pedazos tus pinceles. ¡Y qué me importa el trabajo de la inteligencia ! esperaba de tí una página de la historia del mundo, y me presentas el trabajo de un grande artista.

Comparemos á estas pasiones todas físicas, á ese cuadro todo material, una de aquellas singulares obras maestras, que reciben del alma del artista la vida y la inmortalidad.

Hace algunos años que en uno de mis viajes á Italia, despues de haber recorrido los museos de Venecia, de Bolonia y de Florencia, ricas hoy con las obras maestras que nos habia dado la victoria, llegué á Milan, donde me prometia admirar la *cena* de Leonardo de Vinci. Esta composicion, pintada como por acaso en una de las paredes de un refectorio, estaba en ruinas : en tiempo de las guerras de la república, el refectorio habia servido sucesivamente de caballeriza y de cuartel, con lo cual habia desmejorado considerablemente la pintura ; y el cuadro medio borrado, pero vivo aun, figuraba como una especie de aparicion, por el estilo de las sombras del *Paraiso* de Milton : cuyas formas, apénas indicadas, parecen próximas á desaparecer. Necesité un rato para volver sobre mí, pero poco á poco mis ojos se fueron acostumbrando á aquella vision ; volví á unir las líneas, distinguir las figuras, y la grande obra quedó visible. ¡Qué asunto ! ¡qué pintor ! Todas las pasiones humanas puestas en movimiento por una pasion divina ! el temor, la sorpresa, la traicion, la indignacion de los apóstoles ; la piedad y la misericordia en el mirar del maestro : un solo discípulo con la cabeza inclinada, expresa el dolor : este es el discípulo querido ; no se queja, se aflige, y su afliccion es tambien de amor. Todas estas cosas estan perfectamente á la vista en esa pintura borrada ; ó por mejor decir, el físico del cuadro murió, pero el alma existe, sobrevivió á la materia, y en los vestigios de una obra tan sublime, leo el pensamiento de cada figura, reconozco los sentimientos de cada personaje, oigo el Evangelio, veo los discípulos, adoro á Dios.

No fuera muy fácil hallar un ejemplo mas admirable de la influencia del alma en las artes : es una leccion para los artistas. Enriqueced vuestra memoria, ejercitad vuestro pincel, desarrollad vuestra inteligencia, obra puramente animal ; si no bebeis en la

fuente vivificante de lo bello, de lo infinito, de la conciencia, no produciréis sino la nada. El camino de la virtud es el único por donde podemos llegar á las obras maestras.

Principio sublime, y cuyos mas bellos desarrollos debemos á Sócrates (1). Cato los reprodujo definiendo al orador : un hombre de bien hábil en la elocuencia. Aí el sabio de la Grecia y el sabio de Roma atribuian el genio, no al trabajo del pensamiento, sino á la belleza del alma. Ambos decian : La fuente de la elocuencia, es la virtud; y por medio de la virtud entendian el sentimiento de nuestros deberes para con los dioses.

El olvido de estos principios nos ha precipitado en el caos. El hombre ha tomado por la mas elevada, por la mejor parte de sí mismo lo que no era mas que una señal de la animalidad superior. ¿ Qué ha sucedido? De todas partes ha brotado una juventud activa y erudita. Cada personalidad se ha constituido centro; porque la inteligencia léjos de unir á los hombres, los divide : cada cual trae sus raciocinios particulares, nadie el sentimiento de lo verdadero. Y si en medio de esta anarquía, el alma no vuelve á tomar su imperio, no veremos sino opiniones sin moral, y ambiciones sin freno. La inteligencia entregada á sí misma aumenta los goces de la civilizacion, y destruye la sociedad.

Buscamos las causas de nuestra decadencia en las doctrinas de los filósofos, pero las doctrinas de los filósofos no son sino el efecto de nuestras educaciones. Reducimos el hombre á la inteligencia, y la inteligencia da sus frutos. Consideremos á qué ha venido á parar nuestra literatura! preguntémosla qué quiere y adónde va. Oiremos gritos de libertad. Parece un

(1) Véase el *Gorgias*.

pueblo amotinado, que tiene tambien reyes que destronar. Pero al fin ¿cuáles son sus obras? ¿qué es lo que hemos sustituido á la literatura heróica de Períclés, de Augusto y de Luis XIV? ¿Nos hemos aproximado mas á la naturaleza? hemos adelantado algo en los principios del corazon humano? ¿se nos ha hecho mas sencillos, mas formales, mas apasionados? No. A un círculo gastado hemos sustituido un círculo estrecho, á una literatura de *convencion*, una literatura de *superficie*; á las reglas, la licencia. Hemos quitado de nuestra poética el sentimiento, el heroismo y hasta el espíritu nacional. Ya no somos poetas, ya no somos amantes; ya no imaginamos, no hacemos mas que pintar : es el talento de David transportado en la frase. Queremos hablar á los ojos, y nos contentamos con presentar el cuerpo y las pasiones animales del hombre, las pasiones que fenecen saciándose. Abrid las mejores obras de nuestros dias, estudiad nuestra literatura, que ciertamente no carece de fuerza, ni de talento, pero que, encenagándose en la materia, ha perdido su mision regeneradora. Asquerosas figuras os rodean, dramas espantosos os oprimen; os hallais en un mundo fantástico, víctimas de los suplicios y de los verdugos. Ni una mirada para el cielo, ni un sentimiento para el corazon. Al ver todas esas formas humanas, que el crímen pone en movimiento, parece el Alberic del Dante, paseando las calles de Génova, cuando ya su alma ha bajado al infierno. Esto no es la vida, esto no es la muerte; es un cadáver animado por un demonio : tal es el tipo de nuestras producciones literarias, tales los héroes de nuestros dramas y de nuestras ficciones. No parece sino que el objeto del arte es el espanto y el disgusto.

Pero nosotros copiamos la naturaleza, reproducimos el siglo y la humanidad; nuestras obras son el

hombre. Sí, el hombre animal; pero buscaríamos en vano en vuestras obras al hombre religioso, al hombre purificando sus pasiones al crisol del sentimiento del infinito. Y sin embargo solo allí está lo patético, solo allí la verdad y la inmortalidad: ¡Oh! no engañasteis al linaje humano, divino Richardson, virtuoso Bernardin de Saint-Pierre, elocuente Rousseau, no engañasteis al linaje hnmano, cuando le pintasteis los atractivos del pudor, y los sublimes combates de la virtud! ¡Y qué! la fuente de las lágrimas deliciosas ¿se habria secado para siempre? ¿No hay ya en el universo una sola emocion santa, un solo sentimiento generoso? Esa tierra tan vasta, esa naturaleza tan hermosa, esa civilizacion tan ponderada, no ofrecen á nuestros estudios sino las escenas de las cárceles, los dramas del adulterio, y los patéticos de los cadalsos?

Necesario es decirlo, estas son obras de pura inteligencia. Sus efectos son todos físicos, el cuerpo se estremece, los sentidos se turban; pero el ojo queda enjuto, el corazon árido, nada va al alma porque nada viene de ella. Así, lo que es necesario enseñar á los filósofos, á los artistas, á los poetas, lo que sobre todo es necesario enseñar á las madres, porque ellas son las que forman los grandes hombres, es la ciencia del alma, es el arte de despertar sus facultades, y de separarlas de las facultades animales; ciencia verdaderamente humana, pues que su objeto es volver á colocar al hombre en su rango, del cual todas nuestras educaciones tienden á hacerle bajar.

Aprended lo que le eleva, y lo que le humilla, manifestadle el envilecimiento en los hábitos materiales que no despejan el pensamiento, en las pasiones brutales que le limitan y le sofocan; enseñadle sobre todo que cifre la gloria y la felicidad en el desarrollo de sus mas sublimes facultades: el sentimiento de lo

bello, y el amor de la verdad. Tener el furor del tigre, el valor del leon, la industria del castor, el apego del perro, es vivir la vida de todos los animales: la vida del hombre no empieza sino con el sentimiento de la Divinidad.

CAPÍTULO XXIV.

DESARROLLO DEL SENTIMIENTO DE LO BELLO POR MEDIO DEL ESTUDIO DE LOS MEJORES MODELOS.

> Demos al imperio de las mujeres una direccion sublime; que el poder encantador de que disponen reciba de nuestras propias manos un impulso saludable hácia lo grandioso y lo bello, y que en seguida nos guien ellas mismas hácia la mejora moral que tan inútilmente andan buscando los filósofos.
>
> (RAYMOND, *Ensayos sobre la Emulacion*, p. 95.)

SUCEDE en el mundo intelectual un fenómeno sobre el cual parece no haberse todavía reflexionado bastante: es la caida de todo lo falso, y el triunfo de todo lo verdadero. Cualquiera que sea el entusiasmo con que se reciba el mal, y la indiferencia con que se acoja el bien, el desenlace es inevitable; es indispensable que lo bello en todo género tome su lugar, que es el primero en la naturaleza, y el primero en el alma humana.

Esta es la razon porque el alma en sus arrebatos,

es decir en su poesía mas elevada, se halla en armonía con la naturaleza en sus perfecciones mas ideales.

De ello resulta que en todo género, solo las obras maestras son las que sobreviven. La conciencia universal, mas fuerte que todas las pasiones malas, que producen siempre el mal gusto, marca con un sello fatal en las obras humanas lo que ha de vivir y lo que ha de morir. Jamas lo bello muere, ni jamas lo mediano vive; y esta clasificacion inmensa, este trabajo de todos los dias, hecho por la mano del tiempo, bajo la influencia de las grandes almas, ni padece olvido, ni está sujeto á error. Así han llegado hasta nosotros Homero, Platon, Sófocles, Eurípides, al traves del polvo de los siglos, con la brillante frente de una juventud eterna. Así el Tasso, Milton, Shakespeare, Molière, Corneille, Racine, Fenelon, forman con los grandes genios de la Grecia y de Roma la cadena magnética que une lo pasado á lo presente, y lo presente á lo futuro. La Iliada nos aproxima á los tiempos heróicos, el Testamento Viejo á los primeros dias del mundo, y el Nuevo al porvenir del linaje humano.

Luego tenemos que en las obras de los hombres hay alguna cosa inmutable, que participa de la belleza eterna y que se libra siempre de todas las revoluciones del pensamiento. Haciendo notar este fenómeno, es responder con anticipacion á aquellos que tal vez quisiesen rehusar los mejores modelos, es decir, las obras de todo género que han llegado hasta nosotros, en medio de la admiracion de los hombres y con el consentimiento de los siglos. Allí debemos hallar la fuente de una multitud de sentimientos deliciosos, y de aquel gusto exquisito que nace del conocimiento de lo bello, y de la conciencia de nuestra moralidad.

La educacion de las mujeres es tan superficial, se

las acostumbra tan poco á ningun pensamiento serio, que cualquiera lectura, no digo de instruccion, sino de meditacion les es insoportable. Esta impresion penosa es difícil de vencer. El alma largo tiempo callada, parece por la repugnancia querer vengarse del olvido en que se la ha tenido. Pero cuando superando sus primeras repugnancias, continúa los estudios que la despiertan y que la llaman, ¡con qué entusiasmo no nos responde! ¡De qué torrente de placeres no nos inunda! Nos apropiamos todos los pensamientos de los genios mas elevados; penetramos con ellos en los tesoros de lo bello y de lo infinito que ellos nos abrieron, y que sin su inspiracion nos hubieran quedado para siempre cerrados. Nos reconocemos fuertes de sus fuerzas, virtuosos de su virtud, piadosos de su piedad; á nosotros seres vulgares, nos enajenan con las emociones de las almas elevadas; y en los agradables estudios de la inteligencia y del sentimiento, nos es permitido alimentarnos á la vez de los pensamientos de Homero y de Tasso, de Fenelon y de Sócrates, de Montesquieu y de Descártes; ver la naturaleza con los ojos de Linneo, y la grandeza de Dios con los ojos de Newton. El poder de iluminar nuestras almas con la luz de las almas mas virtuosas, de unirlas, por decirlo así, á las nuestras, es una de las leyes trascendentales de la naturaleza: por ella el siglo presente no pasa jamas inútilmente para el siglo venidero, constituyendo nuestra perfectibilidad. Hace mas, establece la sola igualdad posible entre las inteligencias: porque no pudiendo elevarnos ni á la inspiracion ni á la invencion, privilegios reservados al menor número, nos deja gozar de ellas, admirarlas y poseerlas. De estos estudios deliciosos tomamos del genio, cuanto el genio recibe de la naturaleza.

Si por desgracia todas estas voces divinas dejasen

nuestra alma lánguida y enfermiza, no desmayemos: sobre todo no condenemos las obras maestras, porque nos cansan y nos fastidian. Fuerza será que nos convenzamos de que la debilidad está en nosotros y no en aquellas. Persistamos, esforcémonos para que nos penetremos de ellas : cuanto mas adelantemos en aptitud, otro tanto nos aproximaremos á la perfeccion; y nuestro amor para con los modelos divinos, irá siendo la medida de nuestra inteligencia y de nuestros progresos. Solo entónces comprenderemos la exactitud de este verso de Boileau, epígrafe eterno de todo lo bueno y de todo lo bello que pueda darse, tanto en artes como en literatura :

C'est avoir profité que de savoir s'y plaire.

Complacerse en la lectura de los buenos modelos, persistir en su estudio, es darnos á nosotros mismos lo que todos los tesoros del mundo no nos pueden dar : la delicadeza del gusto, la paz del corazon, el contento del espíritu, y las satisfacciones de una conciencia pura; porque el conocimiento de lo bello nos conduce siempre á los goces de la virtud. Concluyamos pues este capítulo, conforme lo habíamos empezado, diciendo que la conciencia y la elocuencia divina, y todo lo mas elevado de nuestra alma responde sin cesar á lo mas elevado de la naturaleza.

CAPÍTULO XXV.

DE LA ARMONÍA DE LAS FACULTADES MORALES É INTELECTUALES.

Así quedan excluidos de la nueva ciencia los Estoicos que quieren la muerte de los sentidos, y los Epicúreos que de los sentidos forman la regla del hombre.

(VICO, *Ciencia nueva*, pág. 27.)

El hombre ni es un ángel, ni una bestia, y desgraciadamente el que quiere representar el papel de ángel, representa el de salvaje.

(PASCAL.)

AL primer aspecto es algo espantosa la parte que la naturaleza da á la materia. La prevision, la inteligencia, las voluntades animales, todos los instintos, todas las pasiones son atributos suyos. Los animales piensan, recuerdan, quieren, aman, aborrecen, pero estas facultades no tienen otro objeto que la conservacion de la especie. La materia saciada duerme ó descansa; el hombre desea todavía, desea siempre; sus pasiones no paran : despues de las satisfacciones de la tierra, vislumbra las satisfacciones del cielo. Luego el hombre tiene alguna cosa que no es materia, una infinidad que aspira á la eternidad.

Separados de esta manera los principios, cesa el espanto, porque la parte mas preciosa es la del alma. El alma es la voluntad del bien, es el ser virtuoso, es el ser inmortal, lo es todo. ¿Qué pasion animal, que